



## El tanque



Todo comenzó el día en que Pedro salió de su casa para esperar al camión de la escuela. En vez del camión se topó con un tanque de guerra. Bajó de él un soldado vestido con un auténtico traje del Ejército, se le puso enfrente y le gritó:

—¡Número 23!

—¡Presente! —contestó Pedro de manera automática, ya que ése era su número de lista en la escuela.

—Tengo órdenes de llevarlo al cuartel.

—Pero...

—Tengo órdenes de no dejarlo hablar hasta que lleguemos con mi general.

—Pero... —no hubo *pero* que valiera porque otro soldado bajó del tanque, lo cargó con un solo brazo y lo metió adentro.

Por más que quiso, Pedro no pudo ver hacia dónde se dirigían por la sencilla razón de que los tanques no tienen ventanas. Después de una hora, en la que no pudo decir ni una sola palabra y en la que nadie le dio ninguna

explicación, el tanque se frenó, el soldado volvió a levantarlo con un solo brazo y lo depositó en una elegante oficina.

Al rato llegó el general Gándara, con el traje tan cargado de medallas que parecía un arbolito de Navidad. La seriedad de su cara explicaba el evidente miedo que le tenían sus subordinados.

—¡Número 23! —le gritó.

—¡Presente! —volvió a responder Pedro, llevándose la mano a la frente, tal y como vio que lo habían hecho los otros soldados.

—Tiene usted una importante misión que cumplir con nosotros...

—Pero...

—¡Silencio! Aquí usted no puede hablar hasta que yo le dé permiso, ¿entendido?

Asustado, sin saber cómo explicarle que seguramente había una confusión y que ya se le había hecho tarde para entrar a la escuela, sólo se atrevió a mover afirmativamente la cabeza.

—Por lo que veo, número 23, ni se imagina cuál es la razón por la que lo hemos traído.

Movió la cabeza hacia los lados.

—Ya sabrá todo a su tiempo. Por lo pronto vaya a ponerse su uniforme. No me gusta ver aquí a gente vestida con esa ropa... Dígame, ¿en su escuela lo dejan usar ese tipo de zapatos rojos?

—Son tenis, señor, se llaman tenis.

—¿Y sus papás le dan permiso de usarlos?

—Sí, claro, ellos también los usan. Y ya que usted mencionó a mis papás ¿acaso ellos saben que estoy aquí?

—No le he dado permiso aún de preguntarme nada.

—Sí, pero...

—Será mejor que borre esa palabra de su vocabulario. En el Ejército los *peros* no existen.

Se le ocurrió entonces a Pedro levantar la mano, como lo hacía en la escuela cuando necesitaba hacer una pregunta o ir al baño. Al parecer, el general lo entendió y se compadeció de él.

—Por lo que veo, está usted muy inquieto. Le voy a dar permiso de hacer una pregunta, sólo una.

—Gracias, señor. ¿Mis papás ya saben que estoy aquí?

—¡Por supuesto que no, número 23! ¿Nos cree tontos o qué?

—Es que si no me ven llegar...

—No le he dado todavía permiso de hablar otra vez, y como ya hizo su única pregunta, en este preciso momento se va a cambiar de ropa.

Y así se hizo: al instante entró un soldado, lo cargó como si fuera un gatito recién nacido y lo sacó de la oficina.

Pasaron primero por un campo lleno de tanques estacionados, luego por otro en el que los soldados marchaban en grupo al compás de las órdenes que les daba el jefe, y luego por otro más, el aeropuerto, con varios aviones y helicópteros. Al final, el soldado lo metió en una casa, le

dio un uniforme del Ejército de su tamaño y le ordenó que se cambiara. Lo hizo todo tan rápido que las botas se las puso al revés.

—Sígueme —le dijo muy serio el soldado.

Pedro lo siguió, marchando detrás de él, hasta que llegaron a otra casa: era el comedor. El soldado le indicó que se sentara y le puso enfrente un plato de avena, un vaso con leche y una cuchara.

—No, gracias —trató de excusarse—, ya desayuné en mi casa.

El soldado, en lugar de repetirle que no tenía permitido hablar, tomó la cuchara, la llenó de avena y se la puso en la mano.

Cualquiera imaginaría el asco que le dio, pero Pedro la pensó dos veces: era mejor que se comiera él solo ese espantoso revoltijo a que el soldado se lo metiera en la boca a la fuerza. Para terminarla de amolar, algo que no aguantaba: la leche estaba tibia, y con el calor que hacía estuvo a punto de vomitar al primer trago.

Cuando terminó, el soldado le limpió la cara con una servilleta y le dijo que lo siguiera. En el camino se encontraron con varios soldados que al verlos se paraban y los saludaban con la mano en la frente. Antes de llegar de nuevo a la oficina del general Gándara, Pedro descubrió que a quien saludaban no era al soldado sino a él, porque uno de ellos alcanzó a decirle, antes de cuadrarse:

—A sus órdenes, sargento número 23.





## Otro Pedro



El general estaba de mejor humor. Le dijo:

—Sargento número 23, puede tomar asiento. Tenemos mucho de qué platicar antes de que salga a cumplir con su misión.

Pedro se sintió muy raro de que él también lo llamara sargento. Antes de que se le ocurriera intentar una pregunta y de que el general le respondiera que no tenía permitido hablar, le leyó el pensamiento.

—Puede hacer ahora las preguntas que le vengan en gana, aunque no le aseguro que a todas le vaya a responder.

—Señor... —comenzó Pedro.

—Dígame general, ¿entendido?

—General —corrigió—, si mis papás no me ven llegar de la escuela se van a preocupar. Y si viera cómo se pone mi papá cuando se preocupa...

—Sargento, llevamos planeando esto mucho tiempo. Ningún detalle se nos ha escapado. Y para que lo crea y esté tranquilo, se lo voy a demostrar.



El general apretó un botón que tenía al lado de su escritorio y sonó un timbre. De inmediato entraron dos soldados que llevaban consigo a la sorpresa más grande que Pedro se había llevado hasta entonces en su vida: otro Pedro Martínez en persona, o sea un doble de él mismo.

—No se asuste, sargento —dijo el general cuando vio la cara que puso—. Este niño que usted ve no es en realidad un niño de carne y hueso sino un robot. Un robot que está programado para reemplazarlo en su casa y en la escuela mientras usted cumple con su misión.

—¿Qué misión?

—Ya lo sabrá a su tiempo, no se desespere.

—¿Y cree usted —le preguntó enojado— que mis papás no se van a dar cuenta de que yo no soy ese muñeco?

En vez de responderle, el general ordenó que pusieran en funcionamiento al robot. Un soldado se sentó frente a una computadora y presionó varias teclas hasta que el robot empezó a tener movimiento propio. Era sorprendente ver cómo hacía los mismos gestos y cómo se movía de la misma manera que Pedro. Ya hasta le habían puesto la ropa con la que lo recogieron a la salida de su casa, incluidos sus tenis rojos.

—No debes preocuparte de nada —habló el robot—. Nadie se enterará de que yo no soy tú. Si quieres comprobarlo, puedes hacerme las preguntas que quieras.

—¿Ah, sí? ¿Quién es la tía Elena? —se le ocurrió preguntarle.

—¡La tía Elena! Ni me menciones a esa vieja bruja que se dedica a molestarte en cuanto te ve. Si me pide que toque en el piano la pieza que tanto le gusta, yo creo que le voy a echar en la cabeza la jarra completa de café. Es más, no sé por qué no lo has hecho antes. Se merece eso y más.

—Siempre he querido hacerlo, de veras —le dijo Pedro entusiasmado.

—Ya ves, te conozco mejor que tú mismo.

—¿En dónde tengo escondido el dinero que mi papá me da los domingos?

—En el clóset, dentro de la caja donde tu mamá guarda la ropa que ya no te queda.

—¿Qué me regalaron mis papás de cumpleaños?

—Una patineta nueva.

—¿Cuál es la comida que más me gusta?

—Los raviolos y las pizzas y las fresas y...

—¿A dónde fui el año pasado de vacaciones?

—No seas mentiroso —le contestó—, el año pasado no fuiste a ningún lado de vacaciones.

—¿Cómo le hizo —volteó Pedro a ver al general— para que este robot supiera tanto de mí?

—Ésos son secretos, sargento.

Cuando los soldados se llevaron al robot que lo iba a sustituir todos los días, Pedro supo que las cosas iban muy en serio. Empezó a entrarle miedo por esa supuesta misión que debía cumplir.

—¿Y por qué me dicen sargento y no Pedro? —le preguntó al general cuando se quedaron otra vez solos.

—En el Ejército nadie tiene nombre de pila. Aquí sólo hay rangos, y el que a usted le corresponde es el de sargento, ya que un cabo no puede tener la responsabilidad que le vamos a encomendar.

—Bueno, y ya que lo menciona, ¿se podría saber cuál es esa misión por la que no me han dejado ir a la escuela?

—Es una misión muy delicada, muy importante.

—¿Y por qué yo?

—Vamos por partes, sargento. En estos días voy a decirle cosas que debe guardar en riguroso secreto. Si alguien se entera de lo que voy a decirle podríamos tener problemas, muy graves problemas...

Ya para entonces era tal el susto que tenía Pedro, que se le olvidó que tenía ganas de ir al baño. Estuvo a punto de hacerse en los pantalones.